

¿DEL GOLPE DE ESTADO AL GOLPE VISUAL EN AMÉRICA LATINA? REMILITARIZACIÓN, KHAKIWASHING Y LA VUELTA DE LOS MILITARES A ESCENA

FRANCISCO J. VERDES-MONTENEGRO ESCÁNEZ

FUNDACIÓN CAROLINA

Un presidente entrando en el poder legislativo, rodeado de militares, con la pretensión de forzar la convocatoria de una sesión que adopte una decisión por parte de este órgano. Otros dando ruedas de prensa durante oleadas de protestas, recurriendo también a una escenografía en la que figura la cúpula de los uniformados próxima a ellos. Mandatarios que atraviesan una crisis política cuya legitimidad ya no parece residir en el apoyo mayoritario de las urnas sino en tener de su lado a los militares. Estamos hablando de distintas realidades en Brasil, Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador, El Salvador, México, Honduras, Perú o Venezuela, entre otros. Distintas caras de un mismo fenómeno en América Latina en los últimos tres años.

Cuando parecía que esta región había dejado atrás la experiencia de las dictaduras militares y los golpes de Estado, en los últimos tiempos se está haciendo palpable una dinámica de remilitarización con unas características singulares. A diferencia de lo sucedido a lo largo del siglo XX, los militares ya no necesitan el recurso al golpe de Estado, levantamientos o motines, para obtener más cuotas de poder. Como se viene observando por parte de distintos analistas, en la actualidad son los propios mandatarios quienes están recurriendo a estos cuerpos castrenses por invitación, y para distintos cometidos que van más allá de su rol tradicional de defensa del territorio frente a agresiones externas.

Entre los cometidos que han despertado recelos se puede mencionar la militarización de la lucha contra la droga y el crimen organizado, su uso para funciones de represión y disuasión de manifestaciones, e incluso como cuadros tecnocráticos en distintos gabinetes presidenciales. Ahora bien, a continuación vamos a detenernos con más atención en un ángulo poco explorado, la militarización visual que se está produciendo en contexto de crisis, o lo que aquí se calificará de *khakiwashing*.

Paradójicamente, como ponen en evidencia investigaciones recientes, a pesar de que ha aumentado el uso en medios de comunicación y artículos académicos del significativo “golpe” acompañado de distintos adjetivos (“blando”, “parlamentario”, “presidencial”, “democrático”, “constitucional”, “neoliberal”, “judicial”, etc.), los intentos propiamente dichos, tanto en América Latina como a nivel global, han disminuido. En ese sentido, los golpes con adjetivos no satisfacen los criterios que debe reunir este fenómeno para calificarse como tal, estirando su interpretación, por lo que algunos politólogos desaconsejan su uso¹.

Ahora bien, si no deja de ser una buena noticia que una de las principales amenazas para la democracia en el siglo XX sea una práctica cada vez más residual² y cuyo uso está

¹ Véase Marsteintredet, L. y Malamud, A. (2020). “Golpes con adjetivos: ¿precisión o confusión?”, en *Análisis Carolina*, nº 5/2020. 4 de febrero de 2020, Madrid. Tomando la definición de Powell y Thyne, estos consideran los golpes de Estado y sus intentos como “intentos ilegales y abiertos por parte de los militares o de otras élites del Estado para remover el Ejecutivo en el poder”.

² Para el caso de América Latina, se considera que los últimos golpes son los sufridos por Zelaya en Honduras en 2009, y más recientemente el que tuvo lugar en Bolivia tras las elecciones de noviembre de 2019.

mayoritariamente deslegitimado, es importante evitar miradas complacientes en lo que respecta a las relaciones cívico-militares en América Latina y los retos de sus democracias en el siglo XXI. Más allá del golpe de estado, se han sucedido prácticas que erosionan pilares básicos como la separación de poderes, los pesos y contrapesos (*checks and balances*), los principios de supremacía civil y neutralidad política de las Fuerzas Armadas, o el derecho de manifestación, entre otros.

Así, ante estas nuevas prácticas que erosionan las democracias latinoamericanas, se optaría más bien por insertarlas en una dinámica que aquí se denomina como militarización. Entendida esta como un proceso que institucionaliza el predominio de lo militar sobre lo político, con una serie de efectos excepcionales que dañan los sistemas democráticos. Para ilustrar cómo opera en el día a día, a continuación se revisará brevemente en qué contexto se inscribe, para posteriormente identificar los nuevos roles que están cumpliendo las Fuerzas Armadas de los países latinoamericanos en el siglo XXI, teniendo en cuenta los riesgos desde un prisma democrático. De entre ellos, se presentará especial atención al *khakiwashing* como componente novedoso de esta militarización y de las nuevas lógicas de poder, cuya singularidad respecto a otras oleadas de militarización en la región descansa en su componente visual.

¿Para qué queremos a las Fuerzas Armadas? La crisis de identidad de los militares desde el fin de la Guerra Fría

Tras la caída del Muro de Berlín, distintos gobiernos latinoamericanos tuvieron que afrontar el reto de democratizar, desideologizar y situar en marcos civiles las visiones y doctrinas de seguridad nacional imperantes durante las dictaduras militares en el periodo de la Guerra Fría³. La correlación de fuerzas en cada país y los condicionantes geopolíticos marcaron en cada uno de ellos la profundidad de las transiciones militares. La instauración de regímenes democráticos no derivó automáticamente en garantías de gobernabilidad y estabilidad; tampoco en la desaparición de prerrogativas para las Fuerzas Armadas⁴. Las Fuerzas Armadas actuaron con lógicas corporativas para preservar espacios de poder y privilegios, y como apunta Wendy Hunter, desde una lógica de “acomodación por omisión” que se resume en la fórmula “no le molestaremos en su área si usted no nos molesta en la nuestra”⁵.

Conviene no perder de vista que, durante la Guerra Fría, el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) supuso una suerte de división del trabajo entre Estados Unidos y el grueso de los países latinoamericanos y caribeños consistente en que el primero se ocupaba de la defensa del continente frente a amenazas externas mientras los segundos se ocupaban del orden y la estabilidad interna, lo que tuvo implicaciones directas para los

³ Hens, M. y Sanahuja, J. A. (1995). “Seguridad, conflictos y reconversión militar en América Latina”, en *Nueva Sociedad*, n° 138 (julio-agosto), pp. 48-69.

⁴ Martínez, P. A. y Rubio, P. (2017). *América Latina actual. Del populismo al giro de izquierdas*. La Catarata, Madrid.

⁵ Hunter, W. (1995). “Conflicto civil-militar y acomodación en las nuevas democracias latinoamericanas”, en *Fuerzas Armadas y Sociedad*, n° 10 (4), FLACSO-Chile, Santiago.

militares en la región⁶. En este periodo, y más allá de la retórica en pro de la democracia, desde Washington se buscó estabilidad en la región, siempre en clave de su propia seguridad nacional, que en ese momento tenía la propagación del “comunismo” —categoría enormemente elástica que podía acomodar cualquier crítica al *statu quo*— como su principal “enemigo”⁷. Así, la doctrina de seguridad nacional implicó, entre otras medidas, el apoyo a golpes de Estado, guerras civiles y a dictaduras militares en el continente con largos historiales de represión y asesinatos, en muchos casos todavía hoy impunes.

En todo caso, la “crisis de misión” que registraron las Fuerzas Armadas tras las dictaduras militares y guerras civiles que asolaron el continente se solventó durante la llamada “tercera ola democratizadora” con una combinación de viejas y nuevas amenazas. Así, a la labor tradicional de defensa territorial se sumaron la respuesta a los desastres naturales y la participación en las misiones internacionales, en las tuvieron un especial protagonismo países del Cono Sur como Argentina, Brasil, Chile y Uruguay. Por supuesto, la reformulación de funciones de las Fuerzas Armadas en la región no ha sido uniforme en todos los países ni ajena a ampliaciones o a su intensificación, como se está apreciando con la gestión de la pandemia de COVID-19 al calor de las medidas de excepción que se están tomando para mitigar el impacto del virus.

Los militares como “navajas suizas”

En otros trabajos ya se ha reflexionado sobre el origen de la nueva oleada militarizadora en la región identificando una serie de factores explicativos y sus efectos desde un prisma democrático. Respecto a los primeros, además de la “crisis misional” de las Fuerzas Armadas ya mencionada como elemento de fondo, se añadirían prerrogativas que mantuvieron —o han ido obteniendo— los militares en la región por cesiones de los mandatarios ante situaciones de crisis o desborde a la hora de responder a problemas que superan a los Estados nacionales (drogas, desastres naturales, crimen organizado, control fronterizo, etc.). Así, por invitación del propio poder ejecutivo, estos han ido asumiendo labores policiales, pasando por su uso como “guardianes de la patria” frente a crisis políticas y sociales hasta labores de apoyo en comunidades vulnerables, entre otras. Más recientemente, como en el caso brasileño, mexicano y venezolano, se ha recurrido a militares como cuadros tecnócratas —aparentemente menos corruptos, más eficaces y leales que los civiles—. En agregado, el resultado es que un militar en la región ha ido cumpliendo cada vez más funciones —empresario, político, policía, bombero, etc.—, pudiendo caricaturizarlos como “navajas suizas” por su polivalencia a la hora de asumir las tareas que se le asignan por parte del poder civil⁸.

⁶ Benito, M. M. (2015). “Estados Unidos y América Latina: una relación construida desde el poder y la inseguridad”, en Ríos, J., Benito, M. M. y Castillo, A. (coords.). *La arquitectura de la violencia y la seguridad en América Latina*. Madrid, La Catarata.

⁷ Gill, L. (2005). *Escuela de las Américas: entrenamiento militar, violencia política e impunidad en las Américas*. Santiago de Chile, Cuatro Vientos.

⁸ Verdes-Montenegro, F. J. (2019). “La (re)militarización de la política latinoamericana: origen y efectos para las democracias de la región”, en *Documentos de Trabajo de la Fundación Carolina*, nº 14, Fundación Carolina, Madrid.

La otra cara de la moneda a esta tendencia es que esa paulatina asunción de nuevos roles y responsabilidades no está exenta de consecuencias desde un prisma democrático. La “navaja suiza” también puede cortar. Entre los efectos que se han apreciado, se pueden señalar: la obtención de mayores prerrogativas y privilegios para el estamento militar respecto a la población civil —ya en forma de salario, pensiones, servicios o impunidad—, el auge de la autonomía militar al acrecentarse el margen de decisiones que escapan al poder civil y la intensificación de la polarización discursiva y su carácter virulento, así como la extensión de políticas de “mano dura”, ineficaces en sus resultados pero todavía populares.

Otros elementos que conviene no perder de vista en el diagnóstico sobre el auge o “retorno” de lo militar a la región son, por un lado, el menor espacio que está quedando a los actores de la sociedad civil y los movimientos sociales en cuanto actores clave a la hora de gestionar y canalizar los conflictos políticos. Y, por otro, el refuerzo que supuso para los movimientos autoritarios de extrema derecha —o neopatriotas— en la región la llegada de Trump a la Casa Blanca al no temer sanciones desde Washington e incluso, como sucedía en su propia política exterior, dar la bienvenida a la creciente influencia de los militares en la política latinoamericana⁹.

El “malestar en la democracia”: una atmósfera propicia

Con las secuelas de más de un lustro de recesión económica en la región, sin precedentes en las últimas décadas, los niveles de confianza en la democracia tampoco acompañan. De ahí que varios expertos hablen de “malestar democrático”¹⁰ y sea preciso preguntarse en qué medida esta atmósfera supone una ventana de oportunidad para la remilitarización. Es decir, cómo se interrelaciona con la insatisfacción respecto al funcionamiento de la democracia, el cuestionamiento de las élites y la desconfianza ciudadana en partidos, instituciones y líderes.

En todo el mundo se aprecia un repunte de desconfianza general e institucional. Sin embargo, en América Latina es especialmente alarmante y queda mucho más patente¹¹. Teniendo en cuenta el flagelo que han supuesto los distintos casos de corrupción que afloran en la región —con el caso paradigmático de la multinacional Odebrecht que salpicó a buena parte de los países latinoamericanos— y el fuerte desprestigio de la clase política y los partidos políticos, como se observa en distintos indicadores, las Fuerzas Armadas (44%) y la Iglesia (63%) han quedado como las instituciones que aglutinan un mayor nivel

⁹ Kurtenbach, S. y Scharpf, A. (2018). “The Return of the Military”, en *GIGA Focus Latin America*, nº 7, Hamburgo, German Institute of Global and Area Studies; Lee, C. (2020). “Sleepwalking into World War III, Trumps dangerous militarization of Foreign Policy”, en *Foreign Affairs*, 19 octubre 2020; Sanahuja, J.A. y López, C. (2020). “Las derechas neopatriotas en América Latina: contestación al orden liberal internacional”, en *Afers Internacionals*, nº 126, pp. 41-63.

¹⁰ Sanahuja, J. A. (2019). “América Latina: malestar democrático y retos de la crisis de la globalización”, en *Panorama Estratégico*, Madrid, Instituto Español de Estudios Estratégicos.

¹¹ Estella, A. (2020). “Confianza institucional en América Latina: un análisis comparado”, en *Documento de Trabajo*, nº 34, Fundación Carolina, Madrid.

de confianza por parte de la ciudadanía latinoamericana. Mientras los partidos políticos ocupan el último lugar, con su nivel más bajo desde 2003¹².

Aunque en cada país la percepción de los militares varía en buena medida por lo acontecido en las décadas más recientes, el oficio de militar tiende a asociarse con valores como la obediencia, la abnegación, la jerarquía, la preparación, el patriotismo o la eficacia. Esto hace que en algunos sectores de los países latinoamericanos se consideren como menos corruptibles que un político procedente del ámbito civil. A su vez, se percibe a este estamento como una fuerza de “orden” en un contexto político que ha generado una sensación de descontrol. Así, estos imaginarios influirían y explicarían su empleo en términos electorales por parte de algunos políticos. Por ello, de la misma forma que se habla de *pinkwashing*, *purplewashing* o *greenwashing*, se podría aludir a una suerte de *khakiwashing* para expresar el uso de las Fuerzas Armadas —uniformados caracterizados por sus tonos caqui—, o a personas vinculadas a ellas, como estrategia de comunicación política que proyecta una imagen asociada a los valores y virtudes que estas inspiran en algunos ámbitos de la sociedad (honestismo, patriotismo, eficacia, etc.).

En algunos países como Brasil, por ejemplo, al mismo tiempo que la confianza en los partidos políticos y el gobierno plasmaban sus registros más bajos (con el 6% y 7% de apoyo, respectivamente), las Fuerzas Armadas son de las pocas instituciones que tienen un apoyo mayoritario (56%). De ahí que, ante las demandas de honestismo, un candidato con un pasado militar, como es el caso de Bolsonaro, se rodeara de militares durante y después de la campaña obteniendo un mayor rédito electoral de lo que muchos auguraban cuando se postuló como candidato. Esa misma estrategia, por cierto, la está manteniendo en los momentos de mayor cuestionamiento de su mandato y su gestión de la pandemia. Aunque desde la cúpula militar brasileña se llegó a marcar una cierta distancia, el nombramiento del general Pazuella como ministro de Sanidad pretendía lograr obediencia de puertas para adentro de su gabinete —sus predecesores se negaron a acatar las tesis que contravienen los consensos de la comunidad científica—, al mismo tiempo que hacia afuera se justificaba por sus conocimientos de logística y eficacia.

***Khakiwashing*: el componente visual como un rasgo singular de la remilitarización**

Fruto de esta coyuntura de “malestar en la democracia” se está observando un uso creciente de las Fuerzas Armadas como actores que juegan un rol clave en distintas situaciones de crisis que afectan al presidente de turno. Una primera señal de alarma se produjo a finales de agosto de 2018 con la crisis guatemalteca de la Comisión Internacional CICIG, durante el mandato de Jimmy Morales. Con dos acusaciones de corrupción que implicaban al que por aquel entonces era presidente de Guatemala, una de ellas por irregularidades en su campaña electoral, este optó por poner fin a este órgano independiente de carácter internacional, y para escenificarlo convocó una rueda de prensa con una nutrida comitiva de militares uniformados a sus espaldas, tal y como se

¹² Corporación Latinobarómetro. (2018). “Informe 2018”, en *Latinobarómetro*, Santiago de Chile.

observa en el anexo nº1. Además, en paralelo, se desplazaron vehículos militares con armas de alto calibre del Ejército en las inmediaciones de la CICIG para reforzar la intimidación. Vemos así cómo en un momento de fuerte cuestionamiento de Morales se opta por proyectar a través de esa estampa quién tiene la soberanía del país.

En los meses posteriores, durante el primer semestre de 2019, la crisis venezolana puso de nuevo a las Fuerzas Armadas en el foco. Dentro de la pugna entre Maduro y Guaidó, tanto en medios de comunicación como en los discursos que circularon se trasladaba una narrativa en la que ya no eran las urnas las que designaban a la persona que presidiera el país, sino que las Fuerzas Armadas Bolivarianas de Venezuela (FABV) se erigían por parte de algunos actores externos e internos como el elemento clave para dirimir quién tenía la soberanía del país. De ahí que Maduro, quien ha logrado mantener su lealtad a través de instrumentos de cooptación — como, por ejemplo, puestos de gobierno y empresas estratégicas—, no titubeó a la hora de dejar estampas en los momentos más delicados con las FABV a sus espaldas.

Tampoco hay que obviar otras estampas fruto del ciclo de protestas que se abrió paso en el último trimestre de 2019. Con escasos días de margen se apreciaron distintas estampas en Ecuador y Chile que respondían a un patrón común: mandatario ante su peor crisis de gobierno por un malestar ante una medida aprobada interviniendo en rueda de prensa rodeado de altos mandos de las Fuerzas Armadas (véase anexos nº 2 y nº 3). Tanto Lenin Moreno como Piñera recurrieron a ello en octubre de 2019 tras aprobar, respectivamente, un aumento en el precio del diesel y del transporte público. Preguntado por la imagen, el propio canciller ecuatoriano, José Valencia, afirmó que “la presencia de los militares durante la comparecencia del presidente es una forma de ratificar visualmente el respaldo de las Fuerzas Armadas al Gobierno”¹³. Sin ningún tipo de tapujo por parte del gobierno ecuatoriano, se aprecia cómo se instrumentaliza un aparato del Estado que en cualquier sistema democrático que se precie debe cumplir estrictamente el principio de neutralidad política y no de apoyo explícito ni tácito a ningún gobierno concreto. No han sido los únicos casos de esa índole en los últimos tiempos, ya que Martín Vizcarra en Perú, Orlando Hernández en Honduras o Iván Duque en Colombia han dejado estampas similares durante momentos de protestas en sus respectivos países.

Por si fuera poco, la militarización visual en la región ha tenido otras expresiones, como en la toma de posesión de la presidenta interina de Bolivia, Jeanine Añez, en noviembre de 2019 (anexo nº 4). Tras la renuncia forzada de Evo Morales —aquí sí se puede hablar de golpe—, y en un clima de tensión política en el país, circuló una imagen en la que se aprecia a Añez recibiendo el bando presidencial por parte de un militar uniformado. Ese hecho, que puede parecer un mero gesto protocolario, tenía un fuerte simbolismo, máxime si se sitúa en un contexto ya de por sí enturbiado por cómo se había producido la renuncia de Evo Morales. Es decir, con un rol más que cuestionable de la Organización de Estados Americanos, un motín policial en el ínterin y una “sugerencia” por parte del

¹³ España, S. (2019). “El Gobierno de Ecuador se traslada a Guayaquil ante la escalada de la crisis”, en *El País*, 9 de octubre de 2019. [Accesado el 9 de octubre de 2019] Disponible en: https://elpais.com/internacional/2019/10/08/america/1570502226_979384.html

Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas de Bolivia, Williams Kaliman Romero, a que dimitiera como elemento definitivo. Añádase, además, el decreto presidencial n° 4078 aprobado por Añez que eximía a los militares de responsabilidad penal por sus acciones en los operativos de restablecimiento del orden, con movilizaciones en distintas ciudades como El Alto, Cochabamba y Santa Cruz.

Y para terminar de revisar distintas manifestaciones de la militarización visual, tampoco se puede perder de vista lo sucedido en El Salvador en febrero de 2020. Ante la negativa de los diputados salvadoreños a aceptar la convocatoria extraordinaria que quería imponer Bukele al poder legislativo —órgano en el que no contaba con apoyos suficientes—, para aprobar unos préstamos del BCIE a la IIIª fase del Plan de Control Territorial (PCT), este inició una campaña mediática con implicación de las Fuerzas Armadas salvadoreñas y la policía. Entre las fuertes presiones y el clima de agitación que alentó el mandatario salvadoreño se puede mencionar la llamada a la movilización frente a la Asamblea, con despliegues de militares y policías en esa cámara y en la sede de algunos partidos de la oposición. Sin ningún tapujo, el Ministro de Defensa, René Merino, el día previo emplazó a los militares a “obedecer al presidente de la República y comandante general de la Fuerza Armada en todas las ocasiones y riesgos, aún a costa de nuestras vidas”. El domingo 9 de febrero, Bukele entró en la Asamblea, obviando que se había desconvocado por la mayoría opositora, sentándose en la silla del ausente presidente de la Asamblea Legislativa flanqueado por militares (anexo n° 5). O lo que es lo mismo, el poder legislativo tomado por los militares y los diputados afines a Bukele. Ante el revuelo y la repulsa internacional que generó una estampa nunca antes vista en la historia salvadoreña, el mandatario, en una entrevista concedida a un medio internacional, afirmó que “lo de los militares fue solo un acto de presencia. Fijarse en esto es estar enfocándose en lo superficial”.

En todos estos casos se constata una politización de los militares que sobrepasa, con bastante claridad, tanto el rol tradicional que les corresponde de defensa ante agresiones externas como los nuevos roles que han ido asumiendo desde entonces, algunos de por sí más que discutibles. Así, se aprecia cómo gana terreno lo visual en esta dinámica de militarización, con una pretensión de evocar y transmitir un doble mensaje a quien las observa. Por un lado, como señala Adam Isacson, el subtexto más evidente que se recoge de un político junto con los militares es que “los militares están conmigo”¹⁴. Ante los eventos críticos expuestos, tener a los militares a las espaldas del político que está protagonizando una rueda de prensa, o recibir el bando presidencial por parte de estos, transmite un mensaje a quien está viendo la imagen de que la soberanía reside en quien tiene al factor castrense de su lado. Poco importa que el mandatario en cuestión tenga movilizaciones en su contra, no tenga mayoría en el poder legislativo o esté dispuesto a abandonar la capital de su país siempre y cuando tenga el apoyo de las Fuerzas Armadas.

¹⁴ Isacson, A. (2019). “What is Latin America’s Political Turmoil Doing to Civilian Control of the Military?”, en *Commentary WOLA*, Washington Office for Latin America, 10 de diciembre de 2019.

Por otro lado, la imagen tiene otro subtexto para quien la observa: quien ponga en duda la legitimidad del político que cuenta con el apoyo de las Fuerzas Armadas tendrá que asumir que este puede recurrir a estos cuerpos para garantizar la “estabilidad y el orden interno”. Es decir, quien discuta la legitimidad de quien cuenta con el apoyo de las Fuerzas Armadas se expone a su represión por parte de estos cuerpos. Esta militarización visual, como se ha puesto en evidencia en algunos trabajos previos¹⁵, implicaría así un efecto de disuasión en aquel que difiera con el mandatario y quiera expresarlo públicamente.

Las imágenes no son solo un ejercicio estético, sino que se acompañan de unas medidas excepcionales que permiten justificar el endurecimiento de la respuesta gubernamental frente a quienes discrepan de sus posiciones. Así, además del respaldo y la disuasión de las Fuerzas Armadas, las medidas se acompañan de vulneración de derechos humanos. Solo en el caso ecuatoriano se dieron 7 fallecidos, 1.340 heridos y 1.152 detenidos, mientras que en el chileno se contabilizaron 22 fallecidos, 2.200 heridos y 6.300 detenidos. Amnistía Internacional denunció crímenes de derecho internacional y graves violaciones de derechos humanos con intencionalidad y generalidad. Concretamente, por apreciarse un uso letal de la fuerza, tortura y malos tratos, lesiones graves y limitación del trabajo de personas defensoras de derechos humanos¹⁶.

Estas nuevas caras de los militares en la región obligan a revisar las herramientas analíticas y políticas que tenemos. Para las dinámicas que se observan, es insuficiente medir la militarización exclusivamente con indicadores que atienden solo a las capacidades materiales (gasto militar, armamento, personal), y hacer incidir más en componentes institucionales e ideacionales. Sin ir más lejos, atendiendo a la presencia de militares en carteras ministeriales y empresas estratégicas o a la instrumentalización política de un cuerpo del Estado. Hoy en día, en situaciones de crisis políticas, puede ser más peligrosa una imagen que asocia una institución que debe ser de todos sus ciudadanos a los intereses de una parte. Máxime si esa institución del Estado, como en el caso de las Fuerzas Armadas, está armada y tiene el deber de proteger. Tampoco conviene perder de vista los efectos mencionados que está teniendo la penetración de las Fuerzas Armadas en los espacios civiles (polarización, autonomía castrense, prerrogativas y privilegios, etc.) y las prerrogativas que se están obteniendo al responder a la invitación de los mandatarios.

Más allá de los relatos de la Administración Trump en torno a la “troika de la tiranía”, que pone el foco exclusivamente en Cuba, Nicaragua y Venezuela, y tras lo sucedido en el Capitolio de Estados Unidos el 6 de enero de 2021, queda más claro que la democracia está en riesgo a escala global, con particularidades en cada latitud. En el caso latinoamericano, entre otras cuestiones, es importante no perder de vista la remilitarización de la política que está aflorando al calor de esa erosión al mismo tiempo

¹⁵ Vuori, J. A. (2008). “Illocutionary logic and strands of securitization: Applying the theory of securitization to the study of non-democratic political orders”, en *European Journal of International Relations*, nº 14(1), pp. 65-99.

¹⁶ Amnistía Internacional. (2019). “Chile: Política deliberada para dañar a manifestantes apunta a responsabilidad de mando”, *Amnistía Internacional*, 21 de noviembre. Disponible en: <https://www.amnesty.org/es/latest/news/2019/11/chile-responsible-politica-deliberada-para-danar-manifestantes/>

que contribuye a ella. Si bien solo es una de las formas en las que se expresa ese malestar, paulatinamente está fagocitando cada vez más espacios públicos en distintos países (Brasil, Colombia, México, Venezuela, etc.). Por ello, es preciso que se capten sus particularidades respecto a otros periodos. Fruto de las nuevas lógicas de poder que operan en el siglo XXI –más difusas, productivas y comunicativas¹⁷, la militarización visual es un elemento singular que merece mayor atención.

¹⁷ Han, B. (2016). *Sobre el poder*. Ed. Herder, Barcelona.

Anexo nº 1



Anexo nº 2



Anexo nº 3



Anexo nº 4



Anexo nº 5



Fuentes: WOLA (2020)